

sumir. Conducidos los cristianos á la presencia de sus jueces en las diversas persecuciones de la Iglesia, era muy frecuente verlos convertirse de acusados en acusadores, contestar varonilmente, pero con una sencillez y dulzura que demostraba la convicción de que se hallaban poseidos, y reducir, por último, á la verdadera fé á los procónsules que los sentenciaban, á los verdugos, á los soldados y á los espectadores.

Las *Actas de los Mártires* participan mucho del carácter del Evangelio: como él, son narraciones sencillas exentas de los artificios de la retórica, que entonces era el ropaje con que se engalanaba la literatura y la elocuencia clásica: dictadas por el corazón y por el sentimiento, llenas de una gran fuerza moral, no puede menos de conmover su lectura escitando en nosotros la admiración.

¡Qué magnífico espectáculo presentan aquellos días de ruda prueba para la Iglesia! De una parte el mundo antiguo apoyado únicamente en la fuerza, corrompido, escéptico en los filósofos, supersticioso en las masas; un culto material, que despreciaba el espíritu exaltando, hasta deificarlas, todas las pasiones; de otra un nuevo mundo que aparecía súbitamente tras el Capitolio, perseguido, pero creyente; proscrito, pero animoso; que hablaba del porvenir alimentado por dulces é infalibles esperanzas; lleno de una incontrastable fé, poseído de una ardiente caridad, que eleva el alma apartándola de la tierra, que deja oír la voz de la razón, que practica, en fin, virtudes desconocidas. De una parte, digámoslo de una vez, Dios, de otra el mundo luchando por permanecer en la idolatría y el pecado. ¡Contraste sublime que el genio de San Agustín inmortalizó en su mística ciudad de Dios, siguiendo las huellas que le había trazado San Pablo en una de sus epístolas!

Cuando una multitud furiosa acudia á las Basílicas y llenaba las calles y las plazas clamando *Cristianos ad leones*; cuando se dictaban órdenes de esterminio por los procónsules y pretores, y se cumplían con inaudita crueldad sus mandatos; cuando algunos creyentes, poseídos de terror al ver los preparativos que se hacían para probar el temple de alma de los confesores de Jesucristo, huían buscando en las montañas y lugares ocultos un refugio, fundando de este modo la vida monástica de la Tebaida, muchos otros, valerosos hasta el heroísmo, se presentaban voluntariamente declarándose hijos de la Iglesia.

Entonces tuvieron lugar esos diálogos que no podemos leer sin sentir que las lágrimas se agolpan á nuestros ojos: la víctima no tiene de su parte más que su fé, pero animada por la gracia lanza su palabra contra los ídolos y se vindica enérgicamente de las impías é injustas acusaciones de que era objeto. Vedlos: son unas veces antiguos Senadores y Magistrados ilustres descendientes de las familias patricias, como Apolonio y Sebastian; otras, valerosas mujeres, un tiempo enemigas de Cristo y hoy sus siervas, como Fabiola; vírgenes cándidas, como Inés, Engracia, Perpétua y Felicitas, cuyas actas son un modelo de sencillez y sublimidad; esforzados diáconos, como Vicente y Lorenzo; obispos encanecidos y llenos de virtudes, como Ignacio; venerables pontífices, como Sixto; sumisas esclavas, como Blondina; paganos, en fin, recién convertidos en confesores de Cristo..... estos son los nuevos oradores sagrados que, en número incalculable, reclaman un puesto en nuestro libro; son muchos, muchísimos, y en todas partes brillan del mismo modo, con rasgos muy semejantes: nada les arredra, nada les intimida; comienzan por declarar su fé y aspiran á conquistar la doble misión del apostolado y la corona del martirio.

Para apreciar en todo su valor aquellas maravillosas narraciones es preciso dejarse llevar en alas de una fé viva, leerlas sin esa frialdad que lleva consigo la falta de toda práctica y todo respeto religioso, de que no pocos hacen vergonzoso alarde en nuestros dias: los tesoros de ternura, de amor, de confianza que respiran tan sublimes diálogos, están vedados para los indiferentes, para los que se forjan una religion sin culto, sin altares, sin deberes, sin sacrificios, sin recuerdos ni esperanzas.

Manantial fecundo serán para el orador cristiano las *Actas de los Mártires*, si la fé que respiran embalsama su corazon y llena su alma. Corneille, autor profano, ha enriquecido el teatro francés con una noble y delicada composicion, inspirada sin duda alguna por la lectura de las Actas de los Mártires (1); y Chateaubriand es tanto mas grande, cuanto mas se dejaba dominar del sentimiento religioso en sus bellas concepciones.

Despues del Evangelio, las *Actas de los Mártires* nos parecen el libro mas estimable de la literatura cristiana de los primeros siglos: si la elocuencia es, como ya hemos dicho, bajo cierto punto de vista expresion espontánea, libre, sin traba alguna, de los sentimientos del alma, las *Actas de los Mártires* son un modelo perfecto de ese género de elocuencia, grande en sí misma, sin necesidad de los atavíos del ingenio, sin las galas de la dición y del estilo.

A los que ponen en duda la exactitud de esos procesos de que nos ocupamos, y que desde muy antiguo se conocen con el nombre de *Actas de los Mártires*, nos parece oportuno recordarles lo que á este propósito escribe el Abad Fleuri: «Todo lo que se decia por el juez ó los pacientes, todo se escribia por

(1) El Polieucto.

notarios, conservándose con mas exactitud que las declaraciones de los reos en nuestros dias, si se tiene en cuenta que los que las copiaban lo hacian en abreviaturas, refiriéndose siempre á la persona que hablaba, y con una gran velocidad. Los cristianos se cuidaban por otra parte de recoger y sacar copias exactísimas de las causas formalizadas contra sus hermanos, pagando por ellas á veces gruesas sumas. Conforme á estas *Actas* se hicieron las que las iglesias conservaban para su uso y edificacion, y aun se dice que San Clemente estableció en Roma siete notarios, á cuyo cargo estaba el escribirlas, teniendo cada uno á su cuidado dos barrios de la ciudad; y San Cipriano, durante la persecucion, encargaba se señalase con cuidado el dia en que cada mártir hubiese muerto. Muchas de aquellas actas perecieron en la persecucion de Diocleciano; y aunque Eusebio de Cesárea recopiló tambien un gran número, se perdió tan interesante trabajo: por lo menos en tiempo de San Gregorio Papa, no se encontraba en Roma, teniéndose solamente catálogos de sus nombres, con las fechas de su dichosa muerte; estos son los martirelogios.»

Los Padres Benedictinos, segun el ilustre escritor á quien en el párrafo anterior nos hemos referido, conservaron algunas actas, que despues han publicado con el titulo de *Actas escogidas y sinceras* (1); y debemos dar entero crédito á estos escritos, porque sabemos perfectamente que los cristianos acompañaban á los mártires en las plazas donde eran atormentados y en los lugares á que eran conducidos para quitarles la vida: corrian allí los fieles para admirarlos y fortalecerse con su ejemplo, recogiendo con el mismo afan sus últimas palabras, que sus preciosas reliquias.

(1) Véase la Histor. Eccles. del mismo autor.

Muchas veces los mártires, antes de exhalar su postrer aliento, solian entonar preciosísimos cánticos, himnos inspirados, como el de Athenógenes, ú oraciones tiernísimas, como la de San Policarpo. El fervor religioso, la piedad conservando parte de esos riquísimos tesoros de *elocuencia* inimitable y sin rival, han hecho un servicio importantísimo á la causa de la religion y á los oradores cristianos de todos los tiempos. Apresúrense, pues, estos á estudiar las *Actas de los Mártires*, mediten sobre ellas antes de hacer el panegírico de cualquiera de esos valerosos soldados de la milicia de Cristo, é inspirados por la fé que respiran sus páginas, acertarán seguramente á desempeñar con fruto tan difícil género de elocuencia, del cual mas adelante habremos de ocuparnos con estension.

Llegamos á una época en la HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA en que la palabra escrita adquiere una gran importancia; momento solemne en la vida de la Iglesia, y en el cual nada hay que no sea grande y digno de admiracion. Perseguidos cruelmente los cristianos, calumniada su doctrina, ridiculizado su culto, apenas puede concèbirse que se sintieran con fuerzas bastantes para oponer resistencia á tan inaudita persecucion. La historia, al mismo tiempo que nos presenta la magnífica epopeya de los gloriosos hechos de los mártires, que representa el trianfo de la idea sobre la fuerza, de la fé sobre la incredulidad, del pensamiento sobre la materia, nos ofrece en este periodo el espectáculo sorprendente de una lucha gloriosa contra todos los elementos que componian la civilizacion pagana. En el choque de los dos mundos, uno de los cuales resume el poder del pasado y otro los destinos del porvenir, lo que llama la atencion, lo que sorprende es el papel sublime

que la palabra escrita viene á desempeñar. Para triunfar de la intolerancia, de los sofismas, del fanatismo de las masas, no tiene la Iglesia mas recurso humano que la palabra. Con ella se defiende, combate, ataca, persuade, conmueve, arrebatada, y por la palabra reduce á sus enemigos, si no al silencio, al menos á la vergüenza de no oponer á la verdad mas que la persecucion y los suplicios.

Los defensores de la Iglesia calumniada se levantan á protestar contra los medios inícuos que se emplean para combatirla, esponen su doctrina, refutan los supuestos argumentos que contra ella se oponen, y no satisfechos con esto atacan á las divinidades del paganismo y demuestran la multitud de errores en que este se apoya. Era preciso que se dijera á los hombres de Estado, á los llamados filósofos y á los pueblos coligados contra la verdad, qué significaba la doctrina del Evangelio, de dónde venian y á dónde iban los que la practicaban; que se hiciera, en fin, la *Apología* de la religion, y la apología se hizo de una manera sublime, digna de fijar nuestra atencion por algunos instantes.

Las materias que venimos tratando en este capitulo, y de las que no podíamos prescindir, deben considerarse como una preparacion indispensable para entrar de lleno en el estudio de los Santos Padres, creyendo firmemente que nadie se atreverá á censurarnos si en esto nos separamos algun tanto al parecer, del asunto principal de nuestro libro.

Habiendo seguido de cerca los primeros pasos de la religion cristiana, habiéndola visto triunfar de las mas sangrientas persecuciones, necesario es que nos fijemos en un nuevo recurso que la impiedad emplea contra ella. La cuchilla del verdugo, los potros y las cadenas, parecian poco á sus enemigos; y al in-

terés de los particulares, al de los sacerdotes, al de las ciudades, al del Senado, vino á unirse en este período de la historia de la propagacion del Cristianismo el interés de la propia conservacion y el interés de la república: la calumnia vino á herir de frente á los cristianos, y con ella se pretendió disculpar tantos horrores como presenciaba el mundo aterrado: hombres, como dice Bossuet, que practicaban virtudes tan superiores al hombre mismo, fueron tachados de vicios que causan horror á la naturaleza. Acusábase de incestuosos á aquellos que hacian de la castidad sus delicias; decíase que se comian sus propios hijos á aquellos que eran benéficos para con sus mismos perseguidores. Pero, á pesar de este encono público, la fuerza de la verdad arrancaba de la boca de sus enemigos testimonios favorables á su virtud. Era necesario mas; era preciso que se mezclasen las doctrinas humanas con la revelacion divina, y de esa mezcla resultase un informe y nuevo dogma que sustituyese al que en toda su pureza no podian destruir. «Los magos, los platónicos, los gnósticos, dice á este propósito el señor Muñoz y Garnica, á quien mas de una vez nos veremos precisados á citar por ser el único que nos ha precedido con sus *Estudios históricos sobre la Elocuencia Sagrada* en nuestro trabajo, todos estos, dice, estaban conformes en hacerse medio cristianos, con tal que los cristianos se hicieran medio gentiles. Los judíos llamaban á los discípulos de Jesús los apóstatas de la Sinagoga. Causaban inquietud las nuevas doctrinas, y Plinio escribió muchas cartas á Trajano para aconsejarse de lo que se debía hacer, considerando el ascendiente que la predicacion alcanzaba sobre las masas del pueblo. A frecuentes discusiones dió lugar la estraña filosofia de Simon Mago, Basilides y Carpócrates; pero el ataque mas recio vino de la mano de Celso, espíritu atre-

vido, lleno de ciencia, hostil al Mosaismo y al Cristianismo. Los gentiles creyeron que se habia burlado con mucho talento de los Apóstoles, y que la nueva religion no podria resistir los ataques de la ciencia; pero sucede todo lo contrario. Comienza la defensa de la religion un oscuro apologista, cuyos trabajos no llegaron á nosotros: Aristides hace una brillante apología de la nueva fé, y alcanza una celebridad inmensa la de San Justino mártir. Tertuliano ataca con viveza, y Lactancio echa mano de la sátira contra los emperadores, como Celso la empleó contra los cristianos. Dulce en sus palabras, tolerante en las formas, pero lleno de ciencia, Clemente de Alejandria ataca el politeismo. Otras apologias, y finalmente el libro de Orígenes contra Celso, acabaron la contienda con los primeros errores. El ascendiente que tomaron las nuevas doctrinas al discutirse con todos los sistemas filosóficos, y la conversion milagrosa de tantos hombres ilustres por su sabiduría, fueron causa de que se propagara tanto la Iglesia de Jesucristo, y en tan poco tiempo, que Tertuliano llegó á decir:—No somos mas que de ayer, y llenamos las plazas, las ciudades, las aldeas, los templos, los palacios, el Senado y el Foro (1).»

Como toda tiranía, como toda opresion busca algun pretesto para justificarse é imponerse, era menester que los *apologistas* de los primeros siglos del Cristianismo quitaran todos los pretestos, desvanecieran todas las calumnias en que la ignorancia y la mala fé habian tratado de envolver á la Iglesia para que apareciese el Cristianismo tal como era, con la pureza de su moral y la santidad de su culto, formando contraste con el paganismo. En esta singular contienda, sus defensores invocan

(1) Apología.

en su auxilio la ciencia y la dialéctica, la razón y la elocuencia, y aun á veces la ironía, para poner en relieve sus símbolos, para demostrar la inmoralidad de sus misterios, el vacío y las contradicciones de los sistemas filosóficos de sus contrarios.

«En medio de los triunfos del Cristianismo, dice Bossuet, algunos espíritus curiosos, vanos é inquietos, quisieron formarse un nombre entre los fieles, y no supieron ó no quisieron contentarse con la sóbria y moderada sabiduría que el Apóstol tanto habia recomendado á los cristianos. Intentan penetrar en la profundidad de los misterios, haciéndolos accesibles á su débil razón: nuevos filósofos, que mezclaban los raciocinios humanos con la fé, emprendieron disminuir las dificultades del Cristianismo, porque no podian tolerar toda la necesidad que el mundo encontraba en el Evangelio. Así sucesivamente, y con una especie de método, fueron atacados los artículos de nuestra creencia: la creación, la ley de Moisés, fundamento necesario de la nuestra, la divinidad de Jesucristo, su encarnación, su gracia, sus sacramentos, todo, en fin, dió materia á divisiones escandalosas. Celso y los demás nos lo echaban en cara: parecia, pues, que la idolatría iba á triunfar. Miraba ella al Cristianismo como una nueva secta de la filosofía que tenia la suerte de todas las demás, y, que como ellas, se dividia en diferentes sectas. Parecía la Iglesia una obra humana, y que estaba próxima á arruinarse por sí misma. Sacaban, en fin, por conclusion de todo esto que, en materia de religion, era menester no pretender ir mas allá de lo que habian pensado nuestros mayores, ni acometer la empresa de querer cambiar el mundo, haciéndole otro del que habia sido y era.

En esta confusion de sectas que se gloriaban de ser cristia-

nas Dios no desampara un solo instante á su Iglesia: todos los que la combaten se ven precisados á reconocer su carácter de autoridad, y los mismos paganos la diferencian clara y distintamente de las demás: el árbol conserva la vida á pesar de las ramas que de él se desgajan, y sus raíces se estienden por toda la redondez de la tierra.»

En tal momento aparecen los Apologistas. Restablecer la pureza del dogma, combatir enérgicamente los errores y sofismas, hacer ver en el orden legal la iniquidad de los procedimientos seguidos contra los cristianos y ensalzar la doctrina evangélica, tal es su tarea; tarea que desempeñan magistralmente para gloria suya y bien de la Iglesia.

Cada uno de estos ilustres defensores del Cristianismo acepta una senda distinta para ir á un mismo fin; por esto para comprenderlos no basta contemplarlos en conjunto, es preciso estudiarlos aislada y particularmente: fundados en los mismos principios sacan idénticas conclusiones, y nada mas digno de nuestra admiración que el gran monumento de la *Apología* cristiana.

De las primeras apologías ya hemos dicho que nada nos ha conservado la tradicion: Cuadrato y Aristides presentaron sus obras al emperador Adriano, y Eusebio y San Gerónimo hacen de ellas un gran elogio (1).

He aquí el número de Apologistas de que vamos á ocuparnos: *Apologistas griegos*: San Justino, Taciano, San Teófilo, Atenágoras, Hermias, Clemente de Alejandría y Orígenes.

(1) FLEURI.—Historia eclesiástica, tomo 1.º—TILLEMONT.—Memoria para la historia eclesiástica, tomo 2.º—DUPIN.—Nueva biblioteca de Autores eclesiásticos, tomo 1.º

Apologistas latinos: Tertuliano, Minucio, Félix, Arnobio, Lactancio y San Cipriano.

Apologistas griegos.

SAN JUSTINO ocupa el primer lugar entre los Apologistas, inaugurando dignamente este nuevo periodo de la elocuencia cristiana: la elevacion de su espíritu, la hidalguía de su carácter, la belleza de su alma, le han conquistado en todos tiempos la admiracion general, y desde San Ireneo hasta Bossuet, todos los órganos de la tradicion católica han saludado en su persona con entusiasmo el tipo perfecto del filósofo y del mártir de la fé.

San Justino nació el año 105 en Sichen, provincia de Samaria, en la Palestina; fué educado en los errores de la idolatría, y cultivó su privilegiada inteligencia con el estudio de las bellas letras: en extremo aficionado á la filosofía, se dedicó con preferencia á conocer las diferentes sectas que dividian las escuelas, deseoso de hallar en alguna de ellas la verdad; su alma, predispuesta á los grandes afectos, su espíritu, ávido de verse satisfecho, recorrió la dilatada série de los esfuerzos del hombre por conquistar por sí mismo lo que perdió el día de su caída, y el santo nos revela en su *Diálogo con Trifon* cuán estériles halló los delirios de la vanidad con que tantos otros se habian satisfecho: ni los estóicos con su indiferencia, ni los peripatéticos con su soberbia y su avaricia, ni los pitagóricos en su confusa nomenclatura para llegar á la contemplacion del ser, ni los platónicos, cuya doctrina mas se aproximaba al parecer á la verdad; pudieron fijar definitivamente la atencion de Justino. Llegó un momento solemne en la vida del santo; un

anciano, cuyo nombre ha callado la historia, ofrece ante su vista un nuevo dogma, una creencia llena de sencillez y sublimidad, y determina para siempre el rumbo de sus ideas, la norma de su conducta, el fondo de sus sentimientos y sus creencias.

San Justino escribió dos *apologías*, una de ellas dirigida al emperador Antonino Pio y otra al Senado de Roma en tiempo de Marco Aurelio; compuso además el *Diálogo con el judío Trifon*, dos tratados dirigidos á los griegos, el primero con el nombre de *Discurso* y el segundo con el de *Exhortacion ó Refutacion*, un libro de la *Monarquía* ó de la unidad de Dios, y algunos le atribuyen tambien, aunque sin fundamento bastante, la *Epístola á Diogneto*.

La primera de sus *apologías* es la mas importante, distinguiéndose muy particularmente por el método con que se demuestra cuán injustamente se perseguia y martirizaba á los cristianos, se prueba la verdad de la buena doctrina y se esponen las principales ceremonias de nuestro culto, triple objeto de tan notabilísimo trabajo.

Es de notar en este sitio una coincidencia de gran significacion: precisamente en la época en que florecen los panegiristas paganos aparecen los apologistas de la religion; cuando una elocuencia servil tiende á persuadir á los emperadores que su poder no tiene límites; que su voluntad debe ser la única y sola ley, en este momento la palabra cristiana les enseña severa, digna, independiente, que sobre las arbitrariedades de los hombres está el poder y la voluntad de Dios.

Las dos *apologías* de San Justino, como las de los que le siguen, muestran claramente que sus autores se inspiraban en la fuente inagotable de toda inspiracion: el amor á la verdad,